

NICOLÁS CÁRDENAS

## LA RECONSTRUCCIÓN DEL ESTADO MEXICANO. LOS AÑOS SONORENSES (1920-1935)\*

La gran estabilidad del sistema político mexicano en la segunda mitad del siglo XX es uno de los aspectos de la sociedad mexicana que más han llamado la atención de historiadores y científicos sociales. Y para comprender mejor los factores que le dieron origen, ha sido necesario remontarse a la naturaleza de la revolución mexicana de 1910 y a la forma mediante la cual se reconstruyó el Estado posrevolucionario.

Al respecto han surgido diferentes interpretaciones. Pero, sin duda, la más influyente durante las últimas dos décadas ha sido la de la escuela estatista.<sup>1</sup> Para ésta la Revolución Mexicana fue un movimiento de masas conducido políticamente por los sectores medios (pequeñoburgueses que tuvieron la capacidad de articular un programa y una ideología que incorporaba los intereses del conjunto de la sociedad). Son sus representantes los que toman el poder y construyen un Estado relativamente autónomo y con la fuerza "arbitral" suficiente para obligar a las distintas clases sociales a colaborar en un proyecto nacional único. De esta manera, esta explicación tuvo como consecuencia el disdibujamiento del carácter clasista de la dominación.

Contra la anterior interpretación se dirige el presente libro. Su autor se propone explicar que durante 1920-35: a) el Estado se construyó bajo el signo del antagonismo más que del consenso, y que su fuerza se deriva de la derrota de amplios sectores sociales que se opusieron al proyecto sonorenses; b) asimismo, la clase media no fue incorporada como tal en el nuevo Estado; por el

\* Nicolás Cárdenas, *La reconstrucción del Estado Mexicano. Los años sonorenses (1920-1935)*, México, UAM-Xochimilco, 1992.

<sup>1</sup> Se le denomina así porque sus miembros ven en el surgimiento del Estado posrevolucionario al desarrollo formativo crucial en la historia moderna de México: el Estado aparece como el motor principal del desarrollo del país, colocado por encima de las clases. Sus principales exponentes son, entre otros, Arnaldo Córdoba, Pablo González Casanova y Adolfo Gilly. La mejor crítica a la escuela estatista sigue siendo la de Alan Knight, "La Revolución Mexicana: ¿burguesa, nacionalista, o simplemente una 'gran rebelión'?" en *Cuadernos Políticos*, núm. 48, oct-dic 1986, pp. 5-32.

contrario, gran parte de ésta se resistió a ser asimilada; y c) en general, la institucionalización de la lucha política fue un largo proceso que se inicia antes de la creación del Partido Nacional Revolucionario (PNR) —y no a partir de su surgimiento en 1929 como ha postulado la escuela estatista— y que se extiende después de él.

El modo en que el autor demuestra lo anterior —apoyándose en fuentes primarias y aprovechando los numerosos estudios regionales sobre la Revolución Mexicana que han aparecido en los últimos años—, es analizando las formas de la lucha política y la práctica del poder estatal por parte de los sonorenses.

Así, en el primer capítulo se da cuenta tanto de los orígenes sociales de los sonorenses como de su cultura política y el modelo de desarrollo que tenían, aspectos que fueron cambiando tanto en su recorrido por el país durante la lucha armada como en el ejercicio del poder durante 1920-1935. Se muestra a los sonorenses con la suficiente sensibilidad política para comprender la heterogeneidad de la Revolución y construir un nuevo pacto social entre vencedores y vencidos, cuya máxima expresión fue la Constitución de 1917. Esta facción buscaba así impulsar la modernización del país creando nuevas reglas de juego donde cupieran todos los sectores sociales —incluso los de los sobrevivientes de la antigua oligarquía porfirista—: renegociando los términos de la dependencia e impulsando al mismo tiempo reformas sociales. Sin embargo, la conversión de la que ya entonces se empezó a llamar "familia revolucionaria", en nuevos capitalistas, los límites estructurales de la dependencia y la paulatina consolidación del poder inhibieron la realización de su original modelo de desarrollo.

Después de la anterior radiografía de los sonorenses, en el segundo y tercer capítulos se examina la forma en que aquéllos intentaron implantar su proyecto de Estado así como la serie de obstáculos a los que se enfrentaron.

Se argumenta, contra el planteamiento estatista, que el Estado mexicano de los años veinte era demasiado débil como para erigirse por encima de las clases y que más que gozar de una relativa autonomía era víctima del conflicto de clases. Además de su precariedad, la autoridad estatal estaba amenazada por los caudillos, caciques regionales y la iglesia; asimismo, enfrentaba la oposición de amplios sectores obreros (agrupados en la anarquista CGT) y campesinos (organizados en ligas agrarias independietes), y de la clase media urbana que se reconoció políticamente en el vasconcelismo de las elecciones presidenciales de 1929. Es en este contexto de efervescencia política que surgen partidos políticos como el Partido Liberal Constitucionalista (PLC) —representando a sectores civiles y militares— y el Partido Nacional Cooperativista

—creado por jóvenes intelectuales universitarios que simpatizaban con la Revolución—, que inspirados en la rica tradición liberal del siglo XIX propugnaban por la creación de un régimen parlamentario que permitiera el pluralismo político. Sin embargo, tanto las divisiones en el seno de la familia revolucionaria —que originaron frecuentes levantamientos armados— como los obstáculos arriba mencionados que encontró la facción sonorenses para la consolidación de su hegemonía, suscitaron una serie de conflictos políticos que se resolvieron por medio de la violencia más que por el consenso y dieron pie a la consolidación de un proyecto político autoritario y monopartidista con la fundación del PNR en 1929.

Así, a medida que los sonorenses fueron consolidando su poder, abandonaron su jacobinismo radical inicial: frenaron las reformas sociales, negociaron con la iglesia, se alinearon con los Estados Unidos.

Tras el cisma político ocasionado por la muerte de Obregón en 1928, los sobrevivientes de la familia revolucionaria lograron dirimir sus diferencias pacíficamente con la creación del PNR. Así, todo parecía marchar exitosamente durante el máximo (1928-34), pero la crisis de 1929 y el descontento de las masas por las promesas revolucionarias incumplidas dio lugar al surgimiento del cardenismo, que vendría a poner fin a la hegemonía de los sonorenses y a reorientar el desarrollo del país mediante un nuevo proyecto. No obstante, el cardenismo se edificaría en gran parte sobre lo construido por aquéllos e incluso perfeccionaría el proyecto autoritario. Todo esto se demuestra en el capítulo cuarto.

Quizá la principal aportación de este libro sea recordarnos que la complejidad de la Revolución y de la formación del Estado mexicano no pueden comprenderse en las propuestas estatistas. Cada vez más las recientes investigaciones, por ejemplo de historia regional, demuestran las profundas grietas en el planteamiento estatista.<sup>2</sup> Nicolás Cárdenas propone además nuevas pistas sobre las cuales buscar una reinterpretación general que nos permita rescatar tanto la diversidad de la historia como a los personajes y proyectos de ayer que, aunque hayan sido derrotados, quizá hoy nos puedan decir algo para transitar al pluralismo político y abandonar, por fin, el proyecto autoritario con el cual se conformó nuestro sistema político.

**Enrique Guerra Manzo**

<sup>2</sup> Cfr. Ian Jacobs, *La revolución mexicana en Guerrero. Una revuelta de los rancheros*, México, Era, 1990, pp. 14-15.

## LA PACIENCIA Y EL ANÁLISIS<sup>1</sup>

“La genealogía es gris; es meticulosa y pacientemente documentalista. Trabaja sobre sendas embrolladas, garrapateadas, muchas veces reescritas”.

Michel Foucault

**E**l origen siempre es oscuro e insuficiente por sí solo para explicar el presente, pues éste no por fuerza es el resultado lógico y puro del inicio. Entre aquél y éste se encuentra el deslizamiento. Las ideas iniciales sufren continuidades y rupturas, se deslizan y adquieren características diferentes.<sup>2</sup>

La demostración de lo anterior la encontramos en el admirable esfuerzo realizado por D. Brading en su obra *Orbe indiano*. En ella, un poco más de 400 años de historia intelectual americana son analizados con paciencia y la minuciosidad propias de un historiador genealogista. Uno de sus principales objetivos es mostrarnos una original “tradición intelectual” a la búsqueda de su identidad, desarrollada fundamentalmente por cronistas y patriotas criollos y mestizos. Tradición iniciada con interesantes y complejas ideas místicas medievales y racionalistas renacentistas, a las que posteriormente se agregarían las ilustradas; pero además elaborada con grandes fatigas y recursos fantásticos producidos por peculiares circunstancias.

Si bien, por ejemplo, en el caso de México dicha tradición intelectual comenzó muy pronto a tratar de comprender su entorno y el pasado indígena, como ocurrió con los franciscanos y sus colaboradores indios en el Colegio de Santa Cruz de Tlatelolco; también muy pronto por especiales circunstancias, el gobierno de Felipe II a partir de 1577 mandó confiscar todas las obras elaboradas al respecto y suspender toda investigación.<sup>3</sup> En cierta medida explica las múltiples fatigas, desconocimientos, fantasías, etcétera, de los primeros esfuerzos intelectuales para conocer y explicarse a sí

<sup>1</sup> Brading, David A., *Orbe Indiano. De la monarquía católica a la república criolla, 1492-1867*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991, 770 pp., 37 ilustraciones.

<sup>2</sup> Bloch, Marc, *Apología de la historia o el oficio de historiador*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1971, pp. 63 y sigs.

<sup>3</sup> Baudot, Georges, *Utopía e Historia en México. Los primeros cronistas de la civilización mexicana (1520-1569)*, Espasa-Calpe, Madrid, 1983, pp. 471 y sigs.